

ALEJANDRA CASTRO

(COSTARRICENSE)

DE TODAS LAS COSAS QUE AMO

Hay violines deshechos en el abecedario
de tu piel insomne,
músicas imposibles para definir
la abertura de tus labios.
Hay campanadas de sangre
en las voces que circundan
nuestro cuarto malherido,
amapolas de viento
ondeando su muerte
para la exacta inclinación del amanecer.
Hay lluvias trepidantes
que se parecen a tu cuerpo cuando callan,
guirnaldas amarillas
que marchitan el perfume maligno
en la memoria por tu voz.
Pero de todas las cosas que amo,
hay un hombre dormido
en el espacio de mis últimos besos.

EN LA HONDURA DEL MIEDO

No tengo en este llanto
Un espacio para morir tranquila,
Mauricio no sabe
que aún habita en mi amor
todo su odio desolado.
Los meses vagarán como ejércitos
a la orilla del río,
mientras la casa de mis padres
aún me espera en la hondura del miedo.
He querido partir tranquila,

dejar el baúl
 detrás de la última puerta
 para no despertar a los pájaros de sangre
 que habitan su dolor.
 Yo sé que moriré sin verlo,
 que no podré retomar la historia
 de sus verbos hambrientos
 en los míos asolados.
 Destruyo su imagen
 del viejo sagrario en la escalera
 y ya no vuelvo a estos rincones
 en nombre de todos mis pecados.

QUIERO TU PALABRA

Quiero tu niñez
 como un juego de nuestro amor
 en la memoria.
 Quiero tu palabra de muerte
 como una traición a la mía suplicante.
 La imposible existencia en la esfera sólida
 de este sudoroso universo.
 ¿Quién no habita mi casa
 a la hora del pecado?
 ¿Quién no conoce mi rezo
 que pregunta un territorio
 tras el péndulo?
 Sueño con la cifra
 de una ciudad que no conozco,
 sino por la alucinante ceremonia convenida.
 Entonces le juro en vano otro nombre
 a tu ausencia
 y el enemigo afina su flauta
 en otras rebeliones.
 La invención de una conciencia
 se fija en los inviernos convulsos
 de los hombres.
 Yo escribiría en la sombra
 un manifiesto de indulgencia
 con el toro que arrastra sus prisiones de sangre
 en el último redondel
 y sus ojos.
 Quiero tus cartas
 en su falaz geometría,
 en la distancia imposible
 de los mapas,
 en la hipótesis última

del gran descubrimiento.
Yo fui solo un recuerdo
acerca de tu padre
y estoy escribiendo tu nombre
para un personaje moribundo.

ESTACIONES DEL OLVIDO

Octubre llama
con la piedad de los huracanes,
con el silencio de la cueva de los muertos
donde las tropas del invierno
salieron a buscar una excusa para el odio.
Mi padre en octubre moría.
Era el mes de las estaciones del olvido
en mi casa,
el palomar de los desaparecidos
y el nombre de los perros
en el escenario de las transfiguraciones.
Mi padre escuchaba a Gardel
como un mágico objeto de su vida,
las pavorosas distancias
donde una vez ancló su amor
y lo dejó perdido.
Octubre arribaba su marcha
a los varaderos
donde se traficaban historias
con las aspas de la noche
enfurecidas.
Ya para qué el amor
si los campanarios
son horecas asidas al enjambre
del mundo y cada cobardía
que acude al sitio.
Es el tiempo para huir,
el juego misántropo
y el suicidio como la justa razón
para la muerte.
De tanto quererlo callaba
y exageré nuestra distancia.
Exijo ahora que sus horas se detengan,
que no se incline jamás su llanto,
mi padre,
su estancia de palabras inútiles
donde los gatos jugaban
arañazos imprecisos a sus manos.
Mi padre moría

y las canas del abuelo
en su cabeza,
las memorias malignas
y el miedo ensordeciéndole.
Porque tuvo miedo, mi padre...
¿o fui yo la que moría?

...
...
...
...
...

...
...
...
...
...

...
...
...
...
...

...
...
...
...
...

...
...
...
...
...

...
...
...
...
...